

COSQUILLAS



Demetrio

30
CÉNTIMOS

LA COCOTA SENTIMENTAL, por Demetrio.

—Casi lloro de pensar en esas pobres mujeres que tienen que ganarse la vida soportando a borrachos callejeros. Yo tengo la suerte de que mis aristocráticos amigos me soporten cuando agarro el tablón.



ALBUM DE BELLEZA

Bee Jackson

llamada «La reina del Charlestón»

Su más reciente triunfo ha tenido estruendosa resonancia en Ambassadeurs, de París. Bueno; ahí habrá ensordecido el triunfo de la estrepitosamente guapa americana, pero si se diera una vuelta por esta redacción, la haríamos repetir hasta el agotamiento. ¡Qué piernas más ricas tiene! ¡Qué patá más dulce!... Yo pienso escribirla ofreciéndome para pegarle los sellos en las cartas... si no quiere utilizar mis servicios para otra cosa. Vuestro, INCORDIEZ.

Biblioteca Regional de Madrid

R.4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ



Año I Madrid, 20 de Noviembre de 1926 Núm. 8



PELIZCOS

Se ha publicado una reciente disposición ordenando que se exteme la vigilancia para hacer cumplir todos los preceptos de la higiene en determinados establecimientos públicos y con preferencia en las fondas.

Nos parece muy requetebién la medida. ¡Qué caramba!... Hay cosas que no porque se hagan en una fonda dejan de requerir aseo e higiene.

Según un telegrama de París, en varias regiones de la vecina república baja el pan.

En cambio, estamos convencidos de que en otras regiones distintas se sube.

¡Es la ley de la compensación por regiones!

A una joven inglesa, recién casada, le ha regalado su hermana como presente de bodas varias toneladas de carbón.

La agraciada se ha apresurado a dar las gracias por el regalo, cosa justificadísima pues mientras tenga carbón estará caliente.

Un telegrama de Málaga afirma que en Cártama se ha celebrado una típica boda a la andaluza. El festejo ha durado dos días, durante los cuales se ha bebido, se ha bailado y se ha cantado flamenco, triunfando netamente el fandango.

Este triunfo lo consideramos lógico y justificado.

En un acto así y con tantas horas de baile y vinillo la cosa no era para otra cosa.

Leemos en un diario: "El próximo otoño quedarán desarmadas todas las cabilas."

¡Retoño! La noticia nos place por el peligro que pudieran correr los infelices que se aventurasen por tales lugares. ¡Todas las garantías de integridad son pocas siempre! Ahora, lo curioso sería saber lo que opinan de este radical desarme las naturales del país.

¡Nos las imaginamos desoladísimas!

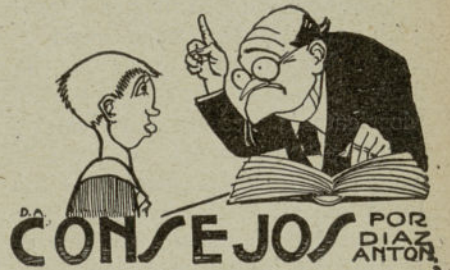
Un anuncio de cuarta plana: "Joven viuda vende amplia cama de matrimonio. Tratará sobre ella todas las tardes de cinco a seis."

Como puede verse, la joven viuda no quiere perder mucho tiempo en conversaciones inútiles. Le gusta aprovechar la hora.



Pronto daremos comienzo a la publicación de los Cuentos cinematográficos, de nuestro compañero "Un viejo don Juan".

Este número ha sido revisado por la censura.



Si te gusta una mujer, líate a tiros con ella. ¿No has oído decir que a la tercera bala... vencida?

Nunca trates de convencer a una mujer galante de si tienes mucho o poco. A ella sólo le importa saber lo que le vas a dar.

Cuando contrates con la alquiladora una sesión de placeres venusinos concierta al detalle la cantidad que has de pagar por tu deleite y pon en el escaso conocimiento de la agitadora del glúteo que no darás propina. Porque sucede que después del acto te suele pedir pa el peluquero, dos realillos pa la chica que os ha servido el liquido elemento, y además te recomienda que propinices al sereno... Y eso no debe ser: justo es que a ella que te ha enajenado la sacudas el óbolo, pero los demás, si quieren dinero... ¡que te hagan algo!...

Cuando entres en una taberna o en una lechería no digas nunca "de este agua no beberé", que no es de discretos hacer afirmaciones temerarias.





Vida ejemplar de Carolina Otero

¡Carolina Otero, Carolina Otero!
¡Ah, sí! Aquella buena moza de Orense o de Pontevedra que un bello día—hace ¡diez y ocho mil doscientos!; ¡sesenta años justos y cabales!—se presentó en París y volvió locos a los monarcas y a los aristócratas. La recuerdo. Aun se ven algunos retratos suyos... en la colección de la *Ilustración Española y Americana*. Su peinado se hizo famoso: ¡la raya en medio de la testa y los bandos tapando las orejas! Y se hizo famosa la cancioncilla que cantaba en los es-

cenarios moviendo el ampuloso cadaramen:

¡Cómo me gusta tu cuerpo!

¡Olé!

¡Cómo me gusta tu cara!

¡Gracia!

Y se hizo famosa la pasión que un ilustre tocayo mío sintió por ella, y que llegó a penetrarle hasta la medula. Sí. ¡Carolina Otero, Carolina Otero!... Pero yo creí que había muerto. Lo creí hasta ayer, que un librero de París me participó en atenta circular que *vient de paraître* un tomo sensacio-

nal firmado por Claude Valmont y que contiene nada menos que las *Memorias* de la célebre sacerdotisa del Amor, experta despabiladora de los cirios que se consumen en el templo de Venus.

Vive Carolina, y, por las señas, aun está en condiciones de lucirse en público. Coquetea. Se luce en los teatros y paseos. Da conferencias eruditas y puede que ilustradas con ejemplos. ¿Se habrá arreglado el pelo a la *garçonne*? ¿Usará falda corta? ¿Seguirá haciéndose servir de postre en las comidas el exquisito queso de Cabrales, tan afrodisíaco y bienoliente?

¡Las *Memorias* de la Otero! Sin conocerlas más que en síntesis recomiendo su lectura a las muchachitas que empiezan (que empiezan a *carolinotear*, para decirlo de una manera que haga palidecer de envidia al Sr. Jiménez Caballero). ¡Aquello era canela fina! De ella fueron, ¡oh jóvenes amables que os conformáis con un gabán de pieles!, el collar de perlas de la emperatriz Eugenia, el de la emperatriz de Austria, el de Leonide Leblanc, tasados en varios millones de francos. Castillos, palacios, esmeraldas, zafiros, brillantes pasaron



COSAS DE ANDALUCIA, por Bellón.

La madre de la chica.—¡Que te retire ya, permaso; que mi niña no se peina pa un boquera como tú!

El novio rechazado.—¡Pero la va usté a casá con ese sinsagenario, con er que nó va a tené hijo?

La madre.—¿Y qué? ¡Mejó! ¡Si se casara contigo y los tuviera se iban a subí a los árbole!

por sus manos en cantidades fabulosas. Y varias quintas—va dicho sin segundas—también pasaron por sus manos. ¡Oh, el triunfo esplendente de su belleza... y de su infidelidad! Porque el secreto de Carolina Otero, secreto que ahora nos revela, fué ese: el de su inconstancia, el de no haber hecho parada y fonda en ningún apeadero; el de haber despertado cada día al lado de un adorador distinto; el de no haber dado margen a que nadie, en su *budoir*, tuviera tiempo para tutearla siquiera.

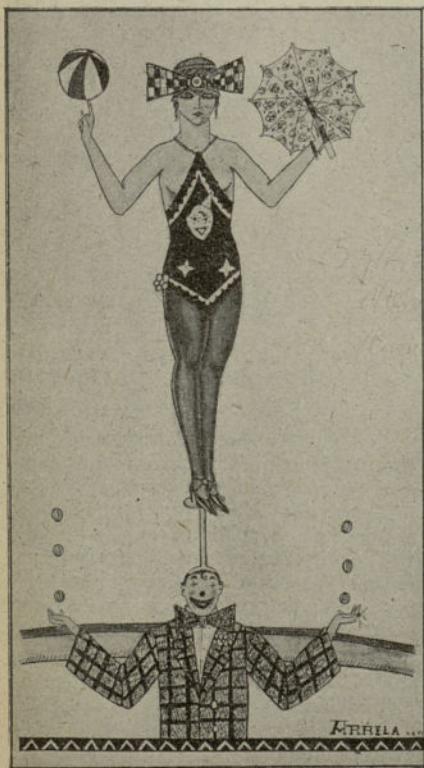
—Hacedme, Carolina, la merced de correros un poco hacia la pared para dejarme sitio.”

—Tened, madama, la bondad de permitirme repetir la expresión de mi amor.”

—Dispensadme, señora, si advertís alguna dureza en mis modales.”

Así tenían que hablarla, y nadie, nunca, osó decirle: “¡Córrete!”, “¡Muévete!”, “¡Vuélvete!”, ni otras expresiones por el estilo, tan frecuentes ahora.

Pero no todo fueron mieles en la vida de la gran pecadora. Para



Nos hemos visto azules para meter este grabado, en el que luce su belleza la equilibrista, porque apenas si cabía el tonto.
Dib. de Arrela.



MUY DE AHORA, por Bellón.

El.—Ya le podías comprar unas botas a tu carabina.

Ella.—¡Hijo, si es una avara que todo lo guarda! ¡Ya lleva despojados de cubiertos y vajilla a todos los cafés de moda!...

llegar a esa exquisitez tuvo antes que manumitirse de la tiranía de un cierto adorador—*Pacco* le hace llamar en sus Memorias—que tiraba a arruinarla. *Pacco* encontró a Carolina cuando la chica contaba apenas doce años, y—la acción se desarrolla en Galicia—piensa hacerla de pronto ama de cría. Carolina protesta, no de la iniciación, sí de lo de servir en casa de los padres, y deja a *Pacco* para marcharse con el médico que la asistió en el trance de “la hora cortita”. Después, alma andariega, burla al médico y se mete en el tren, camino de Lisboa, confiada en la bondad del revisor. No falla. El revisor la acoge y da dinero. En Lisboa se para ante una joyería y surge el primer banquero y “se produce” el primer collar. “Buscando mayor espacio para sus hazañas” da en Barcelona, y *Pacco*, que lo sabe, la encuentra y la despoja. Nueva fuga, y a París; a París, que está lejos; a París, a volar por su cuenta. Y en París, el triunfo, la locura; medio siglo de:

¡Cómo me gusta tu cuerpo!

¡Olé!

¡Cómo me gusta tu cara!

¡Gracia!

y monarcas y magnates y millonarios de cabeza para conseguir el favor de una partida—una sola partida—amorosa con diálogos como el antes transcrito:

—¿Me permitís, señora, que os envide?...”

—¿Puedo, madama, colocar el triunfo?...”

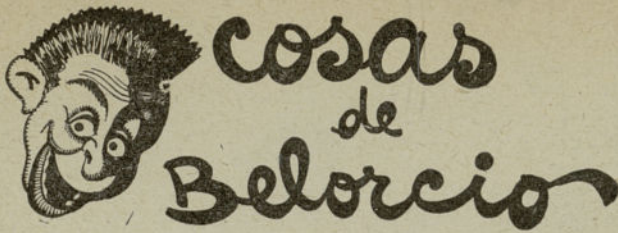
¡Carolina Otero, Carolina Otero! Ejemplo vivo de laboriosidad. Generosa española. Espejo de constancia en la inconstancia.

No. Seguramente no tienen razón los que murmuran que Claude Valmont, su colaborador literario, es su galán de ahora. Carolina nunca tuvo galanes. Claude Valmont es un historiador y un curioso a lo sumo. Carolina no se da por un libro. Un libro es poca cosa. ¡Cinco francos en librería! Y Claude Valmont no es *Pacco*.

LEOPOLDO BEJARANO

Lista de honorables correspondales que no se sacuden ni ofreciéndoles un vigésimo de Navidad.

Granada, D. Doroteo Salas-Ripoll, D. Francisco Fábregas.



Cosas de Belorcio

¡Estamos perdidos!

¡Un casino para señoras!
¡Espantoso! ¡Horripilante! ¡La vérdiga! ¡El epíplón con nudos! ¡La caraba filatélica! ¡¡Rediez!!!
Ustedes perdonen los eufonemas precedentes; empero, ¡carijo!...
¡Un casino para señoras!
¡Nada más que eso!

Para los casados, el acontecimiento marca una efemérides trágica.

¡La de estofados que van a socarrarse por estar la *maestra* echando un *mus* con las damas de su tertulia!

¡La de veces que van a acostarse solos los pobres maridos por retrasarse sus cónyuges a causa de una partida de carambolas que se alarga!

—Estamos a veinticuatro, doña Carolina.

—Pero, ¿no fué ayer doce?

—Me refiero a las carambolas.

—¡Ay, qué idiota, es verdad! Bueno, usted tira.

—¡Eso me lo dice usted en la calle y la mondo a usted la córnea!... ¡La que tira es su madre de usted!

—¡Uy, por Dios, doña Mamerta, qué *camember!*... Quiero decir que la corresponde a usted golpear, con la correosa punta del lijado taco, el esférico marfilino...

—Usted perdona.

—De nada.

—¿Lo alargamos a cincuenta?

—El caso es que mi Cornelio me estará esperando para cenar...

—Bastante hemos esperado nosotras, ¿no le parece a usted?

—También es verdad; lo alargamos...

En la tertulia del tresillo:

—Juego.

—Pero, ¿otra vez, doña Tula?

—Otra vez, hija. Y a espadas.

—¿A espadas también?

—También. Es mi palo.

—¡Qué barbaridad! Tres veces el mismo palo...

—Parece increíble, ¿verdad usted?

—Ya, ya... Bueno, el caso es que nos hemos quedado sin dinero...



—Pero yo tengo aquí el cesto de la compra.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues yo voy a la contra y me juego tres patatas a que la doy a usted codillo.

—Yo me juego este codillo a que es puerta.

—Y yo me juego un huevo a que la saco...

Sencillamente trágico.

Porque, sin casino, cuando una mujer casada salía de su hogar, solían ocurrir dos cosas: o que no volvía nunca—se han dado numerosos y regocijantes casos—o que volvía con un liviano retraso de una o dos horas.

Pero ahora ese liviano ¡p'al gato!
Las señoras que justificaban an-

tes su tardanza con el encuentro de la amiga, los tranvías llenos y otros fáciles y contados pretextillos, con esto del casino van a tener más salidas que un cine...

—¡Las dos de la mañana, Micaela! ¿Te parece que son horas de retrotraerte a tu hogar?

—No seas más idiota, Pantaleón. Vengo del casino. Hemos estado echando unas manos de tresillo y yo tenía dos puestas...

—Lo que no tenías puesta era la cena...

—¡Anda, pues es verdá!

—Además, Micaela, eso del casino me atufa a chanchullo.

—¿Chanchullo, Pantaleón, chanchullo?

—No me retracto. Y si te place te lo ampliaré... Sí, te haré una ampliación, pero sin retractarme...

—¡Cuán bestia eres, cónyuge! ¡Cuán malicioso, cuán sórdido!...

—...y cuán Belmonte, lo que te plazca; pero retrasarte otra noche y meterte la ensaladera *cabe* la caja craneana, que sí que cabe, va a ser algo misónico, cielito lindo...

—¿A mí? ¡So cerdo!

—¡Micaela!

—¡So repartidor de productos de Las Navas!

—¡Agua!

—¡So... carrón!

—¡Su padre!!

¿No les digo a ustedes que va a ser horrible?

BELORCIO

(Dibujos de Belorcio.)

Correspondencia particular

Jlusell, Barcelona.—Agradecemos mucho su ofrecimiento, pero nuestro cuadro de redacción está completo.

Manuel de Monterrey, Málaga.—De sus sonetos se publicará uno.

Manolo.—Sentimos no poder publicar ninguno de sus dibujos, en su mayoría por ligeros de prendas o faltos de vigor.

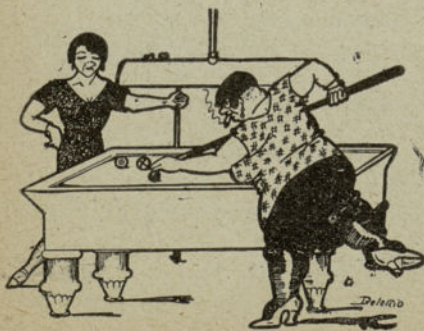
Oscar, Larache.—Queda usted complacido.

Al-Ver-di.—Lo sentimos, pero es impublicable.

Luis Villanueva, Madrid.—Se publicará el dibujo.

Burgos.—No sirve el dibujo.

Se advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se remuneran los que no se han solicitado por la empresa.



Leve sospecha

La cara mitad de don Jacobo Fernández no le guardaba a su esposo todo el respeto debido, ya que aprovechaba su ausencia, motivada por sus obligaciones de catedrático, para regodearse con el amante de turno.

Don Jacobo, hombre de ciencia, embebido en sus estudios matemáticos, nunca pudo advertir en su esposa esas huellas que a todo observador no se le escapan, pero que a nuestro hombre no le alcanzaban; demasiado científico, de temperamento quizá muy calmado y amigo de estudiar a base de números todas las manifestaciones vitales, don Jacobo no adivinaba en el ribetado oscuro de los ojos de su costilla voluble la clara muestra de un goce placentero que él nunca pudo darla tan en demasía.

Porque el eximio hombre de ciencia era por demás metódico en todo; se levantaba temprano para asistir a su cátedra en un instituto madrileño; volvía a su casa a la hora de comer y luego, tras la sobremesa, retirábase a su despacho a estudiar, donde permanecía hasta las seis, hora en la que salía al círculo a reunirse con otros compañeros y amigos en íntima charla.

Entre ellos se hallaba su mejor amigo, casi querido como hermano, Federico Hornero, con el que siempre trataba los asuntos de su vida; no en balde estudiaron juntos y juntos también ganaron cátedra en Latín y Matemáticas, respectivamente.

Matemáticamente también, al sonar las nueve horas, don Jacobo y sus amigos se despedían hasta el siguiente día, en el que, infaliblemente, volverían a reunirse.

Estas horas, de seis a nueve, las aprovechaba doña Serafina (la infiel cónyuge) en unirse con el amante a la sazón, y, bien en casas del placer discreto, o profanando (con la complicidad celestinesca de la fámula) el tálamo nupcial, gozar amores ilícitos y dar rienda suelta a su lujuria.

Pero don Jacobo, en aquella tarde de mayo, volvió a su casa a las ocho menos cuarto. Algo extraordinario hubo de ocurrirle para que, rompiendo la inveterada costumbre (ya ley), dejase a sus amigos en la tertulia del círculo.

Se excusó:

—Nada, total, amigo Federico—añadió dirigiéndose a su compañero de claustro—; que mañana tengo que explicar unos teoremas trigonométricos un poco complicados y estoy estudiando una fórmula abreviada para la más fácil comprensión de mis alumnos. Voy a ca-



UN ADMIRADOR DE VELAZQUEZ, por Bluff.

—Tulipán.—¡Ay! Al solo título de este cuadro, me desvanesco de admiración.

sa y continuaré el trabajo empezado. Ante estas razones la tertulia asintió su conformidad y don Jacobo encaminóse a su hogar.

* * *

—¡Caramba, don Jacobo!—le interpe-
ló la portera de su casa, al advertir la
presencia del catedrático, abriendo la
puerta del ascensor—. ¿Cómo usted tan
temprano?

—¡Psh! ¡Nada!... Quehaceres—repli-
có vagamente.

Quedó un poco extrañado don Jacobo
Fernández ante aquella exclamación
de su portera, de ordinario tan glacial.

“¡Caramba!—pensaba—. Esto es un
poco raro; esta mujer me ha parecido
siempre un perfecto irracional que a mi
saludo contestaba con un gruñido inde-
finible, algo así como un ladrido frus-
trado; esta noche, en cambio, he adver-
tido en ella cierta premiosidad en el
saludo y hasta algo de inquietud y...
¡qué se yo! ¡Caramba!”

El ascensor paró en el piso principal,
saltó afuera don Jacobo y, luego de
oprimir el botón de bajada, se dirigió
a su puerta. Al entrar en el recibimien-
to nuestro hombre recibió la primer
sorpresa de las muchas que se le pre-
paraban...

Colgado de un brazo del perchero ha-
bía un flamante sombrero de fieltro co-
lor verde. La imaginación de don Ja-
cobo se lanzó a las más quiméricas fan-
tasías.

“¡Caramba! (frase de ritual), juraría
que este sombrero no es mío... ¡Vaya,
vaya!; veamos... Sí, claro, tiene las ini-
ciales L. H. y las mías son J. F.; no,
claro, no es mío... ¡Esto es un poco
raro!”

Dejó el sombrero en el perchero y pa-
só a un gabinete contiguo...

“¡Hombre!, me extraña esto un poco;
dos tacitas que han contenido té y un
cenicero con puntas de cigarros. ¡Si yo
no fumo! ¿Me habré equivocado de pi-
so? Pero, ¡no!, ¡quí!; ahí está el re-
trato de mi abuelo insigne, el catedrático
Fernández; y eso, claro, eso es
la bata de mi señora, pero... ¿qué hace
aquí esta bata sin mi señora?... ¡Es un
poco raro esto!”

De una habitación salieron unos ru-
mores quedos; don Jacobo, cada vez más
intrigado, se dirigió a la puerta y al-
zando el portier vió una edificante es-
cena.

Sobre la “chaise-longue” se... chais-
se-longoneaban su cara esposa y un des-
conocido que, a juzgar por el aspecto,
no estaba en condiciones precisamente
de presentarse en sociedad.

Don Jacobo, perplejo, dejó caer el
portier y marchó a su despacho, encen-
dió la luz del *bureau* y, arrimando el si-
llón, sentóse y sujetándose la cabeza con
las manos sumióse en profundas cavila-
ciones...

Pasados unos momentos, algo cente-
lleó en su magín; decididamente abrió

un cajón del *bureau* y sacó... un pliego
de carta, cogió la pluma y con gran cal-
ma rasguó en el papel:

“Querido amigo Federico: Estoy un

poco preocupado; empiezo a sospechar
que mi esposa me es algo infiel...”

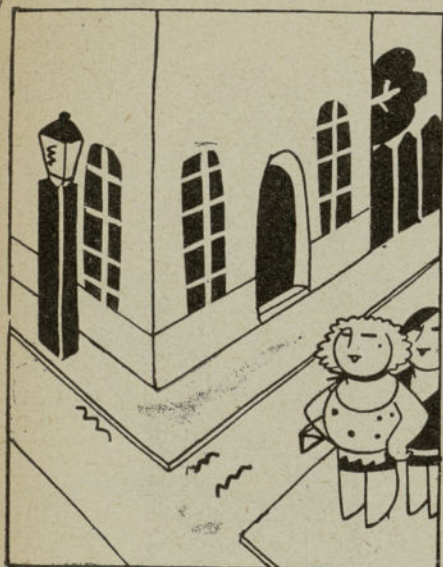
MIGUEL ANGEL DE PEREDA



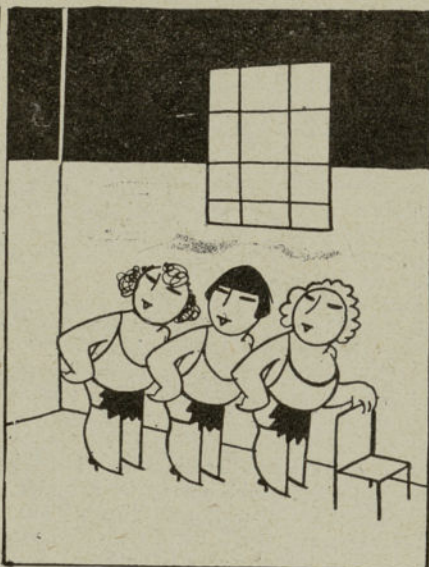
FINAL DE UN SOLILOQUIO, por Demetrio.
... ¡Como que debía ser yo la señora efectiva!

Informaciones gráficas-astracanescas

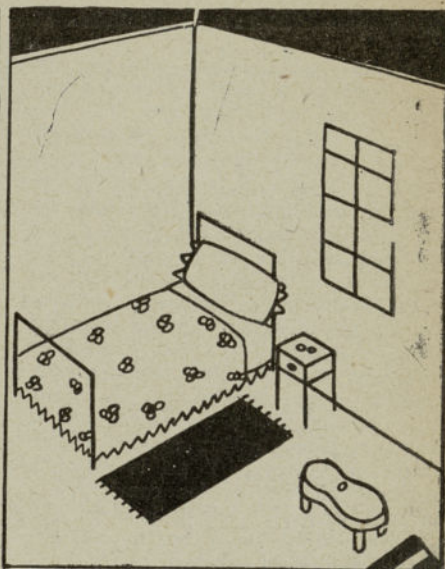
Una inauguración, por Mihura



Fachada de la casa para descansar acompañado que ayer se inauguró con asistencia de numeroso público. Como puede verse, abundan las ventanas, que vienen a caer precisamente en medio de las habitaciones de las niñas, siendo muy curioso el ver que todas las chicas tienen una reja en medio.



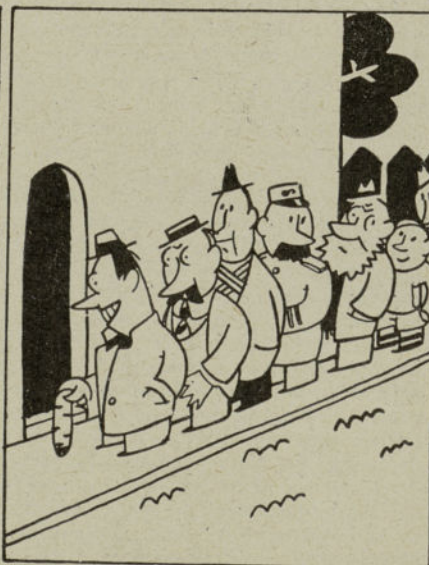
Artístico grupo de señoritas dedicadas a hacer agradable la estancia de los visitantes y que practican toda clase de experimentos raros y hacen las cosas con exquisita novedad. Y esto debe ser verdad, porque los que han gustado de su trato dicen que son unas mujeres que tiran de espaldas. Cosa verdaderamente original y novedosa.



Una de las habitaciones del local, destinada al esparcimiento de los visitantes, y con la que la dueña rebosa de orgullo, pues no se conforma con que la alaben su exquisitez por el buen gusto de la colcha ni en la comodidad de los divanes, sino que quiere que los que vayan allí la alaben por la palangana.



La dueña del inmueble, Ana Lfabeto, que está contentísima con las facilidades que ha encontrado para poder montar la casa. Solamente la ocurrió un percance molesto, y es que en un banco adonde fué a poner dinero la trataron muy bien al principio, pero al poco rato la echó un empleado con cajas destempladas. No explicándose Ana que la atendiesen todos en un banco, para después echarla uno de tan mala manera.



Numeroso público que formó cola para penetrar en el local el día de la inauguración, aprovechando que para entrar ese día no había más que dar un socorro para los "niños raquíuticos de Cafre-ria", y, efectivamente, se cumplió la obra de caridad, pues todos los que entraron socorrieron.



Pío Joso, amante de Ana, y por el que las chicas de la casa se lamentan constantemente, pues no hace más que sacarlas el dinero. Cosa que indigna a Ana, que dice que si se lamentasen por otra cosa, no las haría caso; pero lo que le molesta mucho es que se lamentan por el chulo.

Cuentos al oído

Confusión

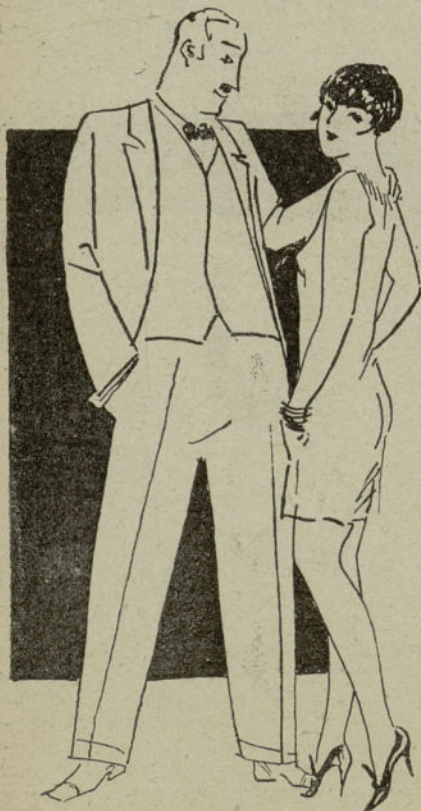
Juanita Valdés fué la causa de que Blas Enríquez cometiera la tontería máxima de casarse. La muchacha, desde luego, valía la pena de que se hicieran por ella—y con ella—múltiples tonterías y hasta todas las locuras imaginables. Era una morena que, cuando iba por las calles del pueblo, dejaba bizcos y con torticolis a todos los varones. Si reía, encantaba; si callaba, seducía; si hablaba, hechizaba, y, finalmente, si miraba con sus ojos como ascuas, levantaba llamaradas en los corazones y ponía en ebullición la sangre. Blas Enríquez, pues, merecía cierta disculpa por su yerro. Más de uno, aun a trueque de que le llamaran bobo, hubiera querido encontrarse en su lugar. Y así lo dieron a entender algunos de los convidados a la boda, cuando, el día de la ceremonia, ya bien entrada la noche, se despidieron de los recién casados.

—¡Que se diviertan ustedes mucho!

—¡Que sea para bien!

—¡Que no madruguen mañana!

Frases todas ellas glosadas con mue-



HERRERO

El marido.—¡Si no son ce'os, tontina! ¡Si no quiero que venga todos los días en mi ausencia su primo es por tu comodidad, es por quitártelo de encima!

Ella.—¡Y no te lo agradezco!... Pero siempre me ha gustado sa...ficarme por la familia.

cas y guiños inteligibles en las más diversas latitudes.

Ido, al fin, el último invitado, Juanita y Blas, a solas en su alcoba, se miraron largamente a los ojos con una expresión de beatitud infinita, como dos pájaros bobos que eran en aquel momento.

—¡Qué feliz soy!—murmuró Blas—¿Y tú, monina?

—¡Oh!—contestó Juanita—. A mí todo esto me parece un sueño, del que no quisiera despertar nunca. ¡Soy tan dichosa! Pienso que me hallo en el paraíso.

—Y en él te encuentras, Juanita. ¿Qué duda cabe? Esto es un paraíso, pero un paraíso de lo más auténtico. ¿Acaso no eres tú mi Eva deliciosa? Claro que todavía no estás tan ligera de ropa como ella. Pero pronto lo estarás, ¿verdad?... Yo, por mi parte, tardaré muy poco en andar hecho un Adán.

—Nos falta una cosa para completar el paraíso—le replicó Juanita con mimo.

—¿Cual?

—La serpiente.

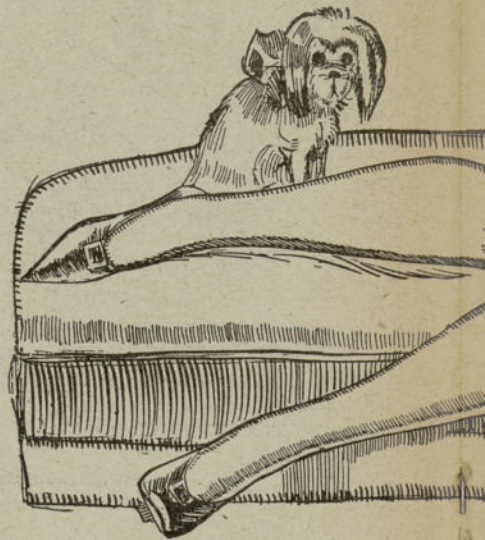
En aquel punto, sonaron por el pasillo cercano unas chancas discretas: las de doña Tadea, madre de Juanita, que había de vivir con ellos. Blas, al oírlas, pensó que tampoco les faltaba la serpiente. Galante, sin embargo, limitóse a responder a su consorte:

—Sí, mujercita. Nos falta la serpiente; pero no te apenes por eso. Si la deseas de veras, mañana mismo encargaremos una a la India. ¿La quieres pitón o cascabel?

—Me da igual, con tal de que no tenga la cola muy larga, porque entonces me asustaré.

La recién casada rompió a reír con una risa alocada y hundió la ruborizada faz en el pecho de su esposo.

Blas despególa de su cuerpo y la besuqueó vorazmente. Luego, con mucho cuidado, comenzó a desnudarla. Desabrochados unos automáticos, aparecieron los hombros adorables, morenos, temblorosos, semejantes a dos colinas mellizas, redondas y pulidas. La esposa cruzó en seguida los brazos sobre el milagro de sus senos mal aprisionados por el corsé y, encendidas las mejillas, huyó a lo profundo de la alcoba, cerca del ancho lecho. Blas la siguió hasta allí y, después de nuevos ósculos, sembrados a granel, continuó su tarea para convertirla en Eva encantadora. Sucedió, sin embargo, que Blas no había desnudado nunca a mujer alguna. Las pocas que poseyera hasta entonces habíansele ofrecido ya desnudas de por sí, prontas al amoroso combate. Por consiguiente, el malpocado mostrábase poco discreto en su cometido. Añádanse a ello la emoción y el nervosismo propios del caso y se comprenderán y disculparán aún más sus torpezas de neófito. Por eso, pues, no pudo evitar los dos o tres pellizcos que hubo de dar a su esposa, mientras la despojaba del vestido, quizá en los sitios más sensibles y delicados de su cuerpo, haciéndola prorrumpir en dulces quejidos. Por eso también, al pretender desatar el corsé, manejó el cordón de tal forma que lo único que con-



—¡Ay, hijito; pareces de escayola!... ¡A to...

siguió fué convertirlo en un verdadero nudo gordiano. Durante un buen rato resultaron vanos sus esfuerzos. La esposa se dejaba zarandear, porque, con el zarandeo, notaba sobre su nuca el aliento casi quemante de Blas. Y le sabía a gloria verlo abrasado en el mismo fuego que a ella la consumía. Al cabo de algún tiempo, Juanita, que sentía un ahogo de cocción, dijo a su marido:

—No te entretengas más y rómpelo, sea como sea.

Dos o tres tirones formidables fueron la respuesta inmediata del esposo.

—¡Ay... ay... ay!...—gimió Juanita—. Me has hecho mucho daño, Blas. Por poco me derribas en el suelo. ¿Lo rompiste, al fin?...

¡Qué había de haberlo roto! El infeliz sudaba y jadeaba. A pesar de ello, sus manos parecían cada vez más torpes. Los dedos se le agarraban sobre la grupa de la esposa, realmente tentadora. Sentóse un momento encima del lecho y la contempló en éxtasis. Nada, aventaja al espectáculo de una mujer bonita en pantalones. Ni nada agudiza tampoco más el deseo.

Como si la visión adorable de su mu-



Soneto
Medallón erótico

Tu boca es una flor viva y sangrante
que encierra como estuche blancas perlas
y que nos deja tu sonrisa verlas
en doble sarta de coral brillante.

En ella duerme el beso suspirado
que en el delirio del placer despierta
cuando el amor, travieso y alocado,
llama pujante a la dorada puerta.

Entonces son tus labios carmesíes
los que incendia el amor cuando sonrías
y dejan escapar al dulce preso.

Y ya tu boca, que por él delira,
al verlo ausente con pasión suspira
porque otra boca le devuelva el beso.

MANUEL DE MARTÍNEZ

EL PERRO RECIEN COMPRADO, por Picó.
todos los perros que he tenido les he parecido de azúcar, menos a éste!

jercita le hubiera infundido nuevos ánimos, Blas, desorbitados los ojos, exclamó:

—¡Lo romperé aunque sea con los dientes!...

Comenzó a dar mordiscos al maldito cordón. Su frenesí amoroso iba en aumento. Indudablemente, algo había en él que no admitía espera.

Juanita suspiraba a cada paso:

—¡Ay, Blasín, Blasín!... ¡Mucho cuidado! ¡Ay!... ¡Cuánto trabajo te está costando!...

Y una honda voluptuosidad le hacía descubrir sus dientes de lobezna y arquear el lomo como una gata en celo, con cuyas sonrisas y contorsiones, el desventurado esposo principiaba a desesperarse y a perder el tino. Parecía que el traje se le estrechaba paulatinamente, sobre todo por cierta parte del cuerpo, y sentíase desfallecer bajo una ola tibia de deliciosa angustia inexplicable. Pasados unos instantes más en baldíos esfuerzos, los dientes se dieron también por vencidos. Blas, al cabo ya de su paciencia, rugió con voz sorda:

—Yo no puedo esperar más, gloria mía. Lo romperé aunque sea con unas tijeras.

—El caso es, marido—le respondió ella con triste entonación—, que por aquí no hay tijeras.

Blas, que ya había empezado a buscarlas con movimientos de león enjaulado, detúvose en seco y, dándose un golpe en la frente, gritó:

—¡No importa!... ¡No importa!... ¡Para algo tengo aquí mi navaja!... ¡Lo romperé con ella, vidita!...

—Pero, ¡por Dios, Blas!—le imploró la esposa fingiendo un pánico extremo—. ¡Mucho ojo! ¡No vayas a asesinarme!...

Entonces, de súbito, oyéronse unos golpecitos discretos en la puerta. Doña Tadea velaba; doña Tadea debía haberlo escuchado todo; doña Tadea, sin embargo, creía que se trataba de otra cosa. Sólo de este modo puede explicarse su incoherente intervención, porque, tras de los golpes, pronunció con interés maternal las siguientes palabras:

—¡Blas, no seas bárbaro! ¡No destroces a mi hija, Blas! Ni con los dientes, ni con las tijeras, ni con la navaja...

JOSÉ A. LUENGO



DESPUES DE LA JORNADA, por Herreros.

—¡Parece que llaman! ¡Espera a alguien la señorita?

—Yo, no; ni quiero recibir a ningún pelmazo.
—¿Entonces digo por la mirilla que no son horas de oficina?



Barcelona En Pyjama.

Cuando en el Veu una rusa auténtica—lo más auténtica que ha pasado por nuestras manos en materia de rusas—nos decía que Unamuno no le gustaba—cosa que comprendemos perfectamente, porque el ilustre don Miguel no está para que se lo rifen precisamente—, ha entrado una mujer.

Bueno. Como entrar entrar muchas mujeres en el Veu. Pero como ésta, ninguna. Esta nos ha dejado fríos, yerros, congelados. Con ésta no contábamos, la verdad.

Es Monna la mujer que ha entrado. La Monna de los buenos tiempos de *La Buena Sombra*, la Monna amiga de Marión—a la que los camareros del Edén llamaban, en vez de Marión, "Señorita Pepito"—de la *apachinette*, del *danséur* Monterito.

Monna ha resucitado. He aquí por qué esta crónica que hoy mandamos a COSQUILLAS, transidos, traspasados por una profunda emoción—¡palabra de honor!—podría titularse "La resurrección de la carne". ¡Y no me negarán ustedes que es un titulito!

La resurrección de la carne ¿por qué? Porque ante la carne de Monna, que ella descubriría apenas, todos los concurrentes a *La Buena Sombra* sentíanse antropófagos. Eran aquellos los días magníficos, la edad de oro de *La Buena Sombra*. La bailarina Bienvenida, la hermana del torero; Encarnación Hurtado, la malagueñita que nos deslumbraba por haber vivido en Rusia y haber bailado unas bulerías ante el zar Nicolás, en un reservado de la Avenida News-ky, donde Trozky estaba de botones; la *apachinette*, que imitaba a Safo, y no escribiendo versos precisamente; y tantas y tantas otras, italianas y francesas. Las italianas con sus maneras íntimas y sus saltos de cama anunciaban ya el advenimiento de Mussolini.

Era la época en que Font y Laporta lucía orgullosamente sus narices cyranescas, y fumábamos todos en enormes pipas holandesas, y con las pipas y los chambergos enormes escandalizábamos a los buenos burgueses de Sabadell.

Monna brillaba en aquel ambiente regado de champán y whisky—no se bebía entonces la manzanilla que ahora, ni el benemérito Borrull había abierto las puertas de *Villa Rosa*, ni se daban revistas en el *Principal*—como un astro con luz propia... aunque la luz era de los demás.

La risa de Monna era célebre y le daba a la noche burguesa y pacata de Barcelona un aire pícaro y zumbón.

Monna, como es natural, se dedicaba al género *excentrique*. Eso la permitía reír, alborotar y lucir sus pantorrillas, que eran—dicho sea de paso—una cosa muy seria.

Hoy, esta noche, cuando una rusa—no, una rusa, no; una rusita, puesto que la pobre es menor—nos decía que no le gustaba Unamuno, y los negros del *jazz* atacaban un furibundo charlestón—ese baile que según dice C. rt. t. pone en peligro el trasero de los pollos peras—, ha aparecido Monna. Monna es la última carcajada de la vida galante barcelonesa, atacada hoy por una epidemia de formalidad que asusta. Monna sigue siendo excéntrica, la última excéntrica del *music-hall*. Se ha cortado el

pelo poco menos que al rape y usa monóculo y bastón. Se ignora si fuma en pipa. Se sabe que bebe el vino gaditano a grandes dosis y por prescripción facultativa.

La resurrección de Monna nos ha causado una profunda tristeza, ¡ay sí! Nos ha recordado nuestro ayer alegre y confiado; ha puesto en evidencia las birrias que somos hoy.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?

Y, sobre todo, ¿qué se hizo de Monna durante tanto tiempo? ¿Qué fué de ella? ¿Cómo ha resucitado hoy tan pimpante y lozana que podría confundírsela con un mozalbete de esos que se comban de puro tiernos? ¿Bajo qué cielos y sobre qué colchas cruzó sus maravillosas pantorrillas? ¿No vendrá de la India, como Tórtola Valencia?

No se sabe nada. La vida es un folletín. El misterio envuelve la vida de Monna durante tantos años. Pero alguien ha dicho al ver su frescura y lozanía:

—Con esta Monna ha tenido que ver Voronoff.

LUIS CAPDEVILA



—Si yo fuera varón, ¡cómo me criticarían, porque me gustan tanto los hombres!...

Dib. de Santaballa.

La Mujer que se Hincho De Esperar...

TAN NOVELA COMO LA PRIMERA

He tenido que forzar a escribir este capítulo al compañero Prado, por falta de tiempo. Pido perdón.—*Incórdiez.*

CAPITULO IV

EN EL QUE SE ENTREVÉ, A PESAR DE LO OSCURO, QUE LOS HAY PREDESTINADOS Y QUE ES FACILÍSIMO EQUIVOCARSE DE CABEZA

Según el lector recordará quedamos en el capítulo anterior en aquella frase espeluznante que dice:

—¡Oh!... ¡Ah!... ¡Eh!... Aquel niño... ¡¡era Clara!!

Pues bien; lo de Clara no está claro, ¿qué va a estar? ¡Rediez! Pero como a mí no me gusta espachurrar a nadie ideas propias y geniales y como Belorcio, al hacer tal afirmación, es seguro que está en el secreto de todo lo ocurrido hasta esa fecha, vamos a demostrarle nuestro excelente compañerismo dejando que él en persona os revele el misterio en el capítulo diez y siete, y vamos a trasladar al lector a un lugar más cercano en el que se crean acontecimientos de un interés de 90 por 100 amortizable.

Estamos en pleno laboratorio espiritioso del conocido "medium" indio y "medium" mongol "Cha-Lao", sin que estimemos necesario explicar el "medium" de que nos hemos valido para allanar su morada de las Ventas sin sacar morada la faz con dos tortas de las ídem.

"Cha-Lao" vive al lao del citado pueblecillo, en un modesto hotel de dos plantas (una clavellina y un alelí). La planta baja (pero no se mueve) sirve para recibir a los iniciados en las ciencias ocultas, y la planta alta para recibir a los espiritistas. Distribución ésta muy lógica, pues ya es sabido que los espíritus tienden siempre a la elevación.

La citada cámara tenebrosa está semi-alumbrada (¡oh, la influencia funesta del espíritu!) por una luz tenue que pende de una pantalla y se enciende por un conmutador en forma de pera que cuelga de ella (de la pantalla). Una brillante mesa de noble pino ocupa el centro de la estancia y varias sillas juegan al corro en torno a su torno.

En la pared hay una luna de Valencia como un símbolo representativo.

Sentados en derredor de la mesa se

aplatanar (ya está muy anticuado decir se apiñan) los iniciados. Lector fisonomista: ¿No te es familiar ninguna de estas caras?... ¡Justo! Aquél de allí es Ulpiano, el que está a su lado es Argimiro (ya sé que no le conoces, pero te lo presento yo y basta). Aquella dama

que toca su cabeza con un negro velo es... ¡silencio!, y aquel pollo que toca a la dama es... Leonardo, nuestro pollo pera de Getafe, el cual se encuentra aquí porque nos da la gana... Ese otro ente bajito, regordete y tal, juraríamos que es Belorcio, pero no lo blasfemamos porque somos enemigos de las rectificaciones...; total ¡trece! ¡Qué horror! En el centro está "Cha-Lao" dispuesto a la invocación.

—¡Silencio!—ruge—. El que no se sienta con fuerzas...

Le interrumpe un ruido como de un cuerpo que se desploma.

—¿Qué ruido es ése?—pregunta el "medium".

—Soy yo que me siento con fuerza—dice Ulpiano por hacer un chiste pateable.

"Cha-Lao" reanuda su exordio:

—El que no se sienta con fuerzas para soportar la venida de los espíritus que se salga; está a tiempo.

No debe ser aún tiempo, porque nadie se sale. Todos están dispuestos a lo que se entrevé para la citada llegada.



El.—Piense usted, Fima, que hace tres noches que no duermo pensando en usted...
Ella.—Bueno; pero haga el favor de no contarme lo que hace mientras no duerme.

Dib. de Gori.

“Cha-Lao” oprime la pera y se hace el caos... la nada... la oscuridad... la... ¡la que me estoy armando!).

—Arriba las manos; que nadie las mueva—grita el “medium”.

Todas las manos se elevan en un doble saludo fascista apoyándose sobre la mesa. Hay un silencio que es como si la vida quedase suspendida por un tribunal examinador.

Aprovechando el silencio la linda tapada (supongamos que es linda para no escachifollarnos el juego de palabras) deja deslizar una mano que “casualmente cae” sobre la parte más sabrosa del pollo, o séase el muslo.

“Cha-Lao” grita de nuevo:

—¡He dicho que nadie la mueva!

La encubierta abandona la descubierta y obedece elevando la mano de nuevo.

—¡Atención, que ya están prestos a acudir los espíritus!...

—¿Quién invoca primero?

—¡Yo!—ruge don Argimiro.

—¿A quién?

—Al espíritu del Gran Lama Ka-ta-te.

Al solo nombre la dama se estremece y vuelve a dejar caer la mano sobre el pollo. ¡Es una ansiosa!

Hay otro silencio durante el cual se inicia un roce suave, lento, *apasonatto*, que sigue en *crescendo molto grosso*, acompañado de un *contrapunto de respiración* gachona con *diseños* de suspiros en tono menor... Lo que se dice un concierto en “La mayor”.

“Cha-Lao” murmura:

—El espíritu sufre y se resiste a venir.

—¿Tardará?—interroga don Argimiro.

—No sé—replica el “medium”, pero si no viene puedo aseguraros que no está en mi mano precisamente el conseguirlo.

—Si supiera en qué mano está...—masculla don Argimiro.

—¡Aquí... aquí... Ya... ya... viene!—murmura de repente el pollo con voz difumada.

—¿Dónde?—pregunta el invocador.—
¡Yo no veo ni gota!

—¡A... aquí!... ¡Ah!...

Se siente una exclamación y el ruido de un bulto que cae desoldado.

Algún medroso se precipita a encender la luz.

—¡La pera!... ¡La pera!—grita buscando el conmutador, pero la zarpa férrea del “medium” le detiene.

—¡Quieto, o todo se pierde! ¡El que no pueda resistir la prueba que se salga!

La advertencia es tardía. El pollo debe haberse salido ya porque no se le siente...

De pronto, en el espejo fronterizo a Argimiro se hace un resplandor tenue, y, una cabeza de mujer linda como una “menina” velazqueña, se boceta en la linfa azogada insinuando una sonrisa burlona.

Argimiro muge:

—¡Ella!... ¡Mi obsesión!... ¡Mi adorada!... ¡Mi progenitora!... ¡Ahora ya no se me evade!...

Y como un indultado de cadena perpetua al que a la salida de la cárcel condujesen a un harén, así Argimiro se lanzó a la caza y captura de aquella

apetitosa cabeza de “menina” murmurando:

—¡Salud!... ¡Salud!...

—¡Quieto!—gritó “Cha-Lao”—, o todo se escachifolla.

Pero Argimiro, dando de *lao* la observación se fué derecho y a la cabeza murmurando:

—¡Salud!... ¡Suerte!... ¡Aleluya!...

De repente se hizo la luz, y... ¡abracabración! En el suelo el predestinado pollo getafeño yacía y hacía un rato en posición de decúbito supino con los ojos en blanco. Sobre el pecho, y al dorso de una factura de una modista, aparecía la fatídica y misteriosa inscripción de marras:

“Hgmola jcatolch layhier.”

Y ante él, Argimiro, víctima de un abceso sin operar, abrazaba frenético la cabeza de la linda tapada, la cual se debatía en convulsiones preagónicas.

Pero, ¡oh, ironías del destino! Aquella cabeza que Argimiro, en su obcecación, creía ser la de Salud, no era la de

Salud... ¡no! Aquella cabeza era... ¡la de la ex tanguista!... ¡La de la Boya!...

FIDEL PRADO.

Repito mi demanda de perdón por no haber cumplido con mi compromiso de hacer el cuarto capítulo de “La mujer que se hinchó de esperar”. En el próximo número lo haré con el mejor talante y con el deseo de serles grato que me empuja.

Esta demora no es una falta de celo, sino un exceso de trabajo, pues el Almanaque de COSQUILLAS, en el cual he de encontrar yo mi recompensa y ustedes su regocijo, me tiene muy ocupado. ¡Y como yo soy el primero que se ocupa!...

Les osculiza los pinreles a las señoras y las diestras a los caballeros,

INCÓRDIEZ.



EL ABRIGO DE PUNTO DE SEDA, por Germán Horacio

—¡Ay!, ¿qué veo? Con dos veces que se lo puso... cómo da de sí este punto, ¿verdad, señorita?

La señorita (distráida).—Sí, ahora ya va siendo mucho más espléndido que antes.



Hay épocas en esta cochina vida, repleta de sinsabores y de taxis de sesenta, que se nos dan las mujeres de una forma que tenemos que darlas patadas en los sobacos para que no nos desnutran con sus pruebas de amor obsceno.

Cuando aun está caliente el diván en donde una modistilla de Vallecas nos desmejoraba empieza a dársenos una jamona lotera que a los tres días nos da una cita en un reservado y un mordisco en un carrillo que se lleva la tajada.

Que se lleva la tajada de la aludida parte del rostro y la tajada que le proporciona una botella de jerez seco, que además abona la calurosa vendedora de décimos.

Pero en cambio, ¡maldito sea el Pisuerga!, hay otras temporadas en que no nos mira una dama así llevemos en cada mano un billete de diez duros, pon-

go por cantidad fantástica y completamente absurda.

Un servidor de ustedes y de sus conocidos tuvo una vez una racha que daba asco. Señora que me vislumbra-ba, señora que me daba una cita. Yo me tiraba a las baldosas de rubor, porque soy modesto, aunque soy Miguel, y no comprendía qué cosa de mi busto apaisado era lo que las hacía enloquecer de tal manera.

Yo me miraba en las lunas biseladas, en los arroyos cristalinos, en la tapa del reloj que usufructúo, en busca de la susodicha cosa, y, aunque les parezca extraño, les juro a ustedes que no la encontraba.

Pero como me parecía una idiotez rechazarlas por modestia, seguía con los asuntos que me salían, gastándome una porrada de dinero en alcobas acogedoras y discretas de calles apartadas.

Porque a algunas, para demostrarlas

mi amor voluptuoso, las hacía conocer la muelle resistencia de la valla de un solar, ¡y tan complacidas!; pero había otras de una delicadeza que me costaba un triunfo meterlas en cualquier casa de esas que se dedican a proporcionar muebles blandos a las visitas.

Y entonces fué cuando me decidí a poner un estudio, como se deciden las gallinas a poner un huevo.

Ustedes saben que ahora se lleva mucho eso de poner un estudio para llevar allí a las jóvenes caprichosas que nuestros cuerpos juncales enamoren. Y si éstas son muchas, sale casi más barato que andar zascandileando por casas de mala nota, y además ellas van mucho más contentas.

Bueno, pues me fuí a ver a un amigo a quien por aquella época le salían los asuntos como los barrillos a un primo mío de Pozuelo, y le propuse el plan estudiantil. Se adhirió a la idea, pedimos una cantidad prestada para los primeros gastos y nos dedicamos a buscar el susodicho estudio por una calle céntrica y discreta.

A los cuatro días habíamos encontrado una bicoca. Calle colosal, tres habitaciones y una azotea con vistas espléndidas. Y digo que con vistas espléndidas porque había una señora en la casa de enfrente que tenía la costumbre de abrir el balcón de su alcoba cada vez que iba a mudarse de combinación. Cosa que yo creo que era una combinación para desmejorar a los vecinos y que



La señorita.—¿Cuántos novios has tenido antes del de ahora?
 La doncella.—¡Ay, señorita; cuatro, y todos fogosísimos y granujones!...
 La señorita.—¿Entonces este que se va a casar contigo hace el quinto!

Dib. de Picó.

fuesen a visitar a su esposo, que era galeno. Y todo esto por veinte duros al mes. Diez duros por cabeza, y uno al cancerbero para que nos lo cuidase. Total, que nos ahorrábamos perros grandes y además teníamos piso propio. Propio para hacernos migas si lo frecuentaban muchas mujeres.

Una vez alquilado, lo primero que hicimos fué comprar una de almohadones que en el estudio no se podía dar un paso.

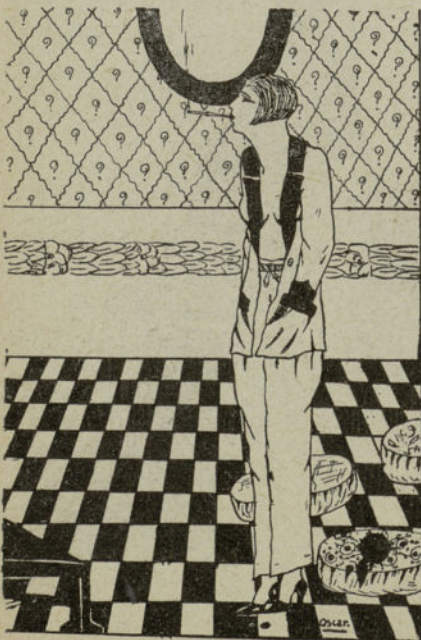
Luego, una cama turca, dos dibujos alusivos al amor práctico, una caja de bombones, un búcaro con magnolias, una lámpara chinesca, y aquello quedó que los amigos que entraban decían, abriendo la boca y abriendo la caja de bombones para comérselos:

—Chicos, os vais a hinchar... Yo no dudo que antes tuvieseis las mujeres a patadas, pero ahora es que vais a ser unos futbolistas... Vais a tener que hacer un reglamento para caso de aglomeración...

Y una vez terminados los últimos detalles y sorteado con mi amigo a quién le tocaba inaugurar el salón, como la suerte me fué propicia, me fuí a ver a Carmela, dama otoñal a quien yo trataba íntimamente.

Pero Carmela aquella tarde estuvo algo fría en su conversación y como a mí lo que me sobraban eran damas, le dije que ella era hija de su madre pero que su madre había faltado a sus deberes con un amigo de su padre, que tampoco era hijo de su madre sino de su padre, tomó a mal el calambur y terminamos dándonos unas pataditas que lo hacemos en el tablado de un café cantante y nos aplaude la muchedumbre.

Y busqué a Amalia, chica modista que



LOS TANGOS DE MODA, O DEBE SER UNA DISTRACCION, por Oscar.
¡Fumando espero a la... mujer que quiero!...



UNA CANCION, por Tute.

"Y el médico empeña, en que es debilidad..."

estaba por un servidor que hacía multiplicaciones en el empapelado.

Pero la dije lo del estudio, creyéndome que se iba a volver loca de satisfacción al conocer la novedad y como si la hubiese dicho que los avestruces usan tirantes. Se quedó más tranquila que una granja avícola y me dijo que aquellos días tenía mucho que hacer.

Después fuí a ver a Concha, a Petra y a Pura. Apurado, pero fuí.

Una, que le dolían los riñones, otra, que precisamente aquella semana estaba ensayando el *Cotex*, otra, que tenía un hermano con las virulas locas. Total, que no encontré una dispuesta a hacer el debut con dignidad.

—Oye, Remigio—le dije a mi compañero al día siguiente—; te cedo el estudio por unos días porque me ha entrado la neuralgia, y ya sabes que a mí cuando me entra esto es que me pongo a morir.

—Hombre, pues, precisamente, yo te venía a decir lo mismo. Tengo un dolor de muelas que estoy que me vuelvo loco.

Pero todo esto era puro camelo. Lo que sucedía es que ninguno habíamos encontrado una pareja, lo mismo que les pasa a los individuos a quienes atracan en un descampado.

Y nos pasamos así dos meses sin encontrar joven caprichosa con quien utilizar los cojines. Todas las tardes íbamos allí y nos pasábamos siete horas silbando tangos y con un aburrimiento que empezamos a adelgazar.

Hasta que un día de Agosto traspasamos el piso y los utensilios a un fotógrafo malagueño que se iba allí a tirar pruebas que era lo único que se podía tirar en aquella mansión maldita.

Y con el dinero de la venta nos fuimos a un *cabaret* a olvidar penas con cerveza del Aguila.

Y allí es donde, si no morí de un colapso es porque decididamente me van ustedes a tener que soportar muchas temporadas todavía.

En el susodicho *cabaret* nos encontra-

mos a dos señoras muy guapas, que nos saludaron muy atentas, nos convidaron a una gaseosa y, al poco rato de intimar, nos dijeron lo que sigue:

—Nosotras tenemos muchas ganas de conocer a unos muchachos así como ustedes que tengan un estudio para poder ir allí a pasar las tardes...

De mi amigo no sé lo que fué. Su destino lo desconozco como casi todos los destinos.

Yo, cuando recobré el conocimiento estaba en Palencia, acariciándole la barbilla al jefe de la estación.

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



La sobrina.—Anda, tío, ¿a que no te su-
bes aquí de un salto?

El tío.—¡Ay, sobrina de mi alma; pasaron
aquellos tiempos en que me saltaba a tu tía y
a las tres criadas, una detrás de otra!

Dib. de Herreros.



Correspondencia de Incórdiez

En uno de los próximos números tendré el gusto de contestar detenidamente las numerosas y alentadoras cartas que he recibido en los últimos días. Estoy archicontento de mis amigos (y esto va en serio), que tan inmerecidamente celebran mis gansadas. Pero aunque sean inmerecidas las demostraciones de cariño, yo me permito aceptarlas como un tesoro, del que, al fin y al cabo, me puede despojar el público, que cuando se cansa de mí puede enviarme otra vez a la oscura tienda de herbolario de la que me sacó.

Ahora, mil veces perdón por haberme puesto serio por vez primera, y voy a quitarles el mal gusto de boca con una payasada:

—¡ Señor Leonard!

—Usted dirá, Incórdiez.

—¡ Usted no sabe qué es lo que tendría que hacer un muchacho, por zafio

y mal vestido que fuera, para convertirse en un pollo a la última?

—Amigo Incórdiez, ignoro lo que tendría que hacer el desharrapado para conseguirlo.

—¡ Muy sencillo, señor Leonard! El muchacho debe situarse en una parada del tranvía que más tarde en pasar por aquel sitio.

—¿Y eso es todo?

—¡ Claro está! ¿Quién me podría negar que el chico *es pera*?

Vuestro hasta que revienta,

INCÓRDIEZ

(Esto será malo, pero está escrito inmediatamente después de ponerme el médico ochenta botones de fuego. Yo les aseguro que conozco a un literato, gran latinista, que no lo haría mejor que yo, después de fogueado.)

El Almanaque de «Cosquillas»

¡Es inútil! ¡Están tomadas todas las salidas! ¡No se puede pasar! ¡¡Mamá, aquí hay una cucaracha!! ¡La piso? ¡¡Guardias!! ¡Cuántos quiere? ¡Otro por aquí! ¡Otro por allí! ¡¡¡La tiré los ajos y me vengué!!! ¡Que se van a acabar! ¡Que se van a acabar... en punta! ¡Socorro!... ¡Socorríto, guapa tú; ¿quién te quiere a tí? ¡Una copa para uno que se sincopa! ¡Ay, qué horror! ¡Calolelano! ¡Qué espanto! ¡Que pierdo el conocimiento! ¡Las sales! ¡Sales! ¡Sales!... Sales a la calle, querido lector, el día que se ponga a

la venta nuestro número *Almanaque*, que será lo más coruscante y bello que vas a contemplar en este final de año, y te sorprenderá agradablemente el bello espectáculo. Todo te parecerá hermoso y completo. Los taxis de 0'40 serán capaces, con exceso, para una persona sin gabán, en cuatro dobleces. Los camareros te darán propina y te pasarán la rodilla con cierta complacencia. Las mujeres de vida irascible te brindarán los labios (podrás elegir).

Cuando estés metido de lleno en la satisfacción que te produzcan todas estas cosas placenteras, será cuando el vendedor de nuestro *Almanaque* te sacará la peseta, cuyo es el precio que hemos fijado para la venta de este compendio de todas las bellezas y de todas las gracias.

El incalculable número de planas en negro y las numerosas planas en color; el chaparrón de historietas invencibles en gracia; las numerosas fotografías, obtenidos a peso de platino (algunas de ellas a guantazo-partío), le darán a nuestro *Almanaque* un valor de rosca caliente, de novia complaciente, de flan chino en fin; de todo lo agradable y ricicio que puedan ustedes imaginar.

Y todo por una peseta.

¡A comprar, antes que la reventa le ponga a un precio inaccesible!

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid:
Apartado 1.236. Madrid



El.—No puedo permitir que una mujer tan bella se moje. ¿Me permite usted que la cubra con mi paraguas?
Ella.—¡ Bueno!

Dib. de Bluff.

Actualidad teatral

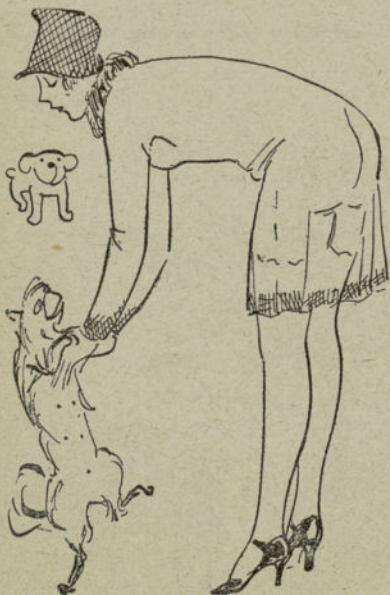
Novedades.—Nuestro entrañable sí que también indolente amigo y colaborador Fernando Luque, en unión de Enrique Calonge y con la complicidad lírica de los maestros Pablo Luna y Moreno Torroba, ha estrenado en el popular coliseo de la calle toledana *La Pastorela*, zarzuela con todas las de la ley, que estará en los carteles hasta que haya que derribar el teatro para convertirlo en *hangar*.

Ha sido opinión unánime del público que *La Pastorela* es el éxito de la temporada. A esta afirmación no sólo no tenemos nada que oponer, sino que nos jugamos las 38.000 pesetas de mujeres guapas que tenemos para el número Almanaque contra el que lo discuta.

Luque es un amigo y por un amigo nosotros somos capaces de jugarlos... hasta un vigésimo.

Romea.—La mezcquita del género frío sigue en *creciendo* en eso de acaparar público. Claro es que Campúa tiene el secreto del éxito, y cuando se pone en cartel *sketchs* como *¡Qué Colón!* y *El Tenorio de Romea*, el público sabe responder agradecido.

Si a esto se une que las estrellas que van desfilando por el escenario de la mezcquita se llaman Carmen Flores, Mercedes Serós, etc., y que las chicas del conjunto con esa *pochez* de Conchita Constanza a la cabeza, no son cosas despreciables, se comprenderá lo fácil que resulta el difícil problema de hacer que se llene a diario el local.



PRECAUCION, por Herreros.

—¡Ven aquí, Tula, que aquel perro te gusta demasiado, y no tengo ganas de que nos apreden los chicos por toda la calle.

Eldorado.—Confesamos con la mano puesta sobre la viscera necesaria, que nos encontramos en un aprieto para reseñar el formidable éxito que ha obtenido en este teatro la humorada oriental que han tenido la *humorada* de escribir Ramoncito Bertrán Reyna y los ases de las *negras* y *las morenas* Julio Torcal y Manolo Bertrán Reyna, titulada *La flor de malva*.

Este aprieto obedece en primer término a que tenemos aún en la retina y en algún otro órgano venoso, la visión (¡pero qué acaramelada visión!) del detalle del conjunto, del conjunto de chicas de Eldorado: la visión —¡vaya visión jamón!—de esta tontería de *creatura* que ilustra hasta lo erudito esta reseña y que se llama Maruja Fontalba; las siluetas (que daremos otro ratito para no mas turbar más el cerumo de ustedes) de esas monadas de Carmen de Granada y la Eschich y la gracia—aquí cortamos los piropos galantes porque ¡sospechas no!—de ese formidable actor y director que se llama Calvo y de Corcuera, excelente actor cómico, así como del maestro de baile Roberto y de Evalina.

Por si esto fuera poco para cohibirnos, da la pícara casualidad que los autores son amigos entrañables de la casa y, claro es, esto nos impide decir que el libro es graciosísimo, que el ventuario del Sr. Cornejo es cosa estupenda, que los autores estuvieron más tiempo en escena que las artistas y que algunos números como el *To-Kón* se repitieron siete veces nada más... Esto es lo que diría cualquier cronista indiferente, pero nosotros, como amigos, tenemos que decir que el *To-Kón* se repitió catorce veces, porque si no la amistad no aparecería por parte alguna. Para lo cual les copiamos adjunto el cantable, con objeto de que se lo aprendan ustedes con cuidado y vayan al local a corearlo. Si siguen ustedes el encargo esperamos recibir al día siguiente una caja de brevas canarias en señal de agradecimiento.

Es costumbre en Malva antes de casarse bailar esta danza llamada el "To Kón", en la que los novios deben demostrarse que saben las cosas que son de cajón.

Igual que salvajes dan saltos y gritos, mueven la cadera y tuercen los pies, juntan las espaldas, y así, muy juntitos, hacen lo que pueden hacer del revés.

Y luego se frotan cerviz con cerviz y hacen contorsiones la mar de grotescas dándose tirones así en la nariz.

To Kón, To Kón, To Kón es el baile que de Malva irá a Londres.

To Kón.

To Kón To Kón. To Kón es la danza que ahora se estila en lugar del charleston. (Bis.)

To Kón, To Kón, To Kón yo al bailar no pienso más que en el To Kón, To Kón.



MARUJA FONTALBA

en su notable creación de la humorada *La flor de malva*, titulada *El To Kón*.

Cine Madrid.—A nosotros nos pasa con las películas lo que con las señoras: o nos dan lo mejor de lo mejor o nos hacemos los distraídos. Pues bien, lo mejor de lo mejor en películas estos días ha sido las dos formidables cintas que el Cine Madrid ha servido a su apiñado y más que numeroso público.

Con una viuda así—ésta de la *Metro Goldwyn*—y unas *hojas de parra*, así también—ésta de la *Hispano Fox Film*—está indicado el verde que se ha dado el público habitual del citado coliseo de ver señoras en todos los tonos.

DELFI

¡Nuestra progenitora, qué Almanaque de COSQUILLAS!



ALBUM DE BELLEZA.-LAS MODAS

He aquí, lector idolatrado, el último extertór de lo *chic* en trajes de *soirée*, para reuniones de carácter familiar, o más bien íntimo con cualquier carácter, que con estos trajes ha de ser bueno, porque no creo que sea para ponerse de mal humor el ver a las mujeres tan líndamente ataviadas ¿O no? Vuestro hasta el derrame interno,

INCORDIEZ



MUY «ULTIMO QUEJIDO»

La escena se *desenrolla* en un gabinetito de cocota de postín y de pistón. El castigador, que supo enajenar por unos días a *la alegre chica de Maxim's*, está, más que mosca, *abejorro perdido*, porque ella le empieza a confeccionar la *patá*. "Parece ser que te ha *chalo* Pocholo, ¿no?", dice él, y ella contesta: "No es que me desnutra por él; pero tienes que reconocer que bailando es *la oca*." "Reconozco que es un bestia bailando, pero en la *chaise-longue* no da una.", replica el doncel agonizante de celos. Y ella, dándole ya la *estocá* para que ahueque, contesta displicente: "Bueno; ¡cambiaré de mueble!" Envidia la suerte de Pocholo, vuestro INCÓRDIEZ.